

CRÓNICA DE LA PANDEMIA

ESTEBAN FERRÁNDEZ MIRALLES [1]

Si nuestro trabajo es escuchar y ayudar a contener, a significar los acontecimientos, a intentar comprender las vivencias, los sentimientos, entonces intentar darle sentido a lo que estamos viviendo parece una estrategia saludable para nuestro psiquismo.

Cual es nuestro papel como analistas/terapeutas en este tiempo, tan difícil de comprender porque la mayoría no tenemos experiencias previas que nos orienten, que nos ayuden a entenderlo, no habíamos vivido una situación semejante. Definitivamente, si no lo habíamos hecho ya, habremos de abandonar la abstinencia y la neutralidad... y promover un lazo transferencial cálido, un soporte afectivo, una transferencia como sostén.

Para evitar las polarizaciones sintomáticas, sean más neuróticas – represión/retorno de lo reprimido, o más borderlines – desmentida/paranoia –, convendría tejer herramientas simbólicas, relatar, narrar, imaginarizar, metaforizar, simbolizar.

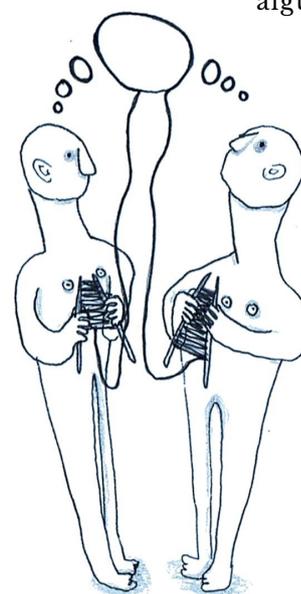
Como comprender la multitud de respuestas divergentes, contradictorias a las que hemos asistido con simpatía, preocupación, miedo, rabia e indignación a menudo. No pretendo que seamos omnicomprendivos, es una posición inalcanzable e indeseable. Solo que intentemos dar cuenta de lo que hemos visto, oído, presenciado, leído o soñado.

Con J. Benjamin[2] hemos aprendido a reconocer las tensiones que enfrenta el sujeto, entre sus necesidades de autoafirmación y las

de ser reconocido por el otro. En las semanas del confinamiento, tales tensiones se han visto intensificadas como pocas veces, la autoafirmación yoica ha tenido que someterse al dictado del estado, constreñida por leyes enormemente restrictivas de la libertad individual, libertad de acción, libertad de movimiento, el orgullo del Yo “par excellence”. La necesidad de ser reconocidos por el otro, ha exigido en algunos casos la sumisión y la renuncia, pero en otros probablemente el enarbolamiento de posiciones insostenibles, exigidas para poder sentir la pertenencia al grupo.

El jueves 19 de septiembre de 1985 un terremoto que alcanzó los 8.1 grados Richter, devastó la capital de México. Por aquel entonces Silvia Bleichmar residía en el DF, y fue encargada por UNICEF, como ya conté en otra ocasión[3], de organizar y coordinar equipos de intervención en salud mental ante la catástrofe. Fruto de aquel trabajo nos dejó algunos elementos

a considerar en la situación actual.



Dice Bleichmar que se produce un trastorno grave del Yo, cuando lo autoconservativo y lo autopreservativo colisionan. Cuando por ejemplo, para conservar la autoestima hay que poner en peligro la vida, como hemos visto en toda esa gente que desafía las medidas restrictivas porque si no su autoestima se hunde: la vida no importa, si no es al servicio de una buena causa. De lo contrario, la salvaguarda de la vida, la vida biológica, conlleva para el sujeto la renuncia a los blasones del Yo, las enseñanzas que le devuelven su identidad, y no olvidemos que ahí el papel del Otro es determinante: las enseñanzas, los blasones, las insignias, siempre se reciben de Otro.

Hay muchos casos en los que esta esquizia no se produce por razones internas que llevan a la escisión de estas dos funciones básicas del yo, sino por una situación externa que confronta al sujeto a una disyuntiva dramática: la bolsa o la vida. Siendo aquí la bolsa mucho más que la bolsa, no es solo la riqueza, sino la identidad. Sentir que soy



En estos tiempos de crisis, de suspensión del tiempo, de trastocamiento de todas las coordenadas que nos servían de referencia, las diferentes referencias del yo colisionan: preservar la autoestima, los ideales yoicos, implicaba la suspensión, la ignorancia de los valores autoconservativos, es decir, de la integridad biológica, de la vida. La conservación de la vida conlleva a menudo la reducción al mínimo de las satisfacciones



yoicas, la renuncia narcisista de anhelos cotidianos. La realización de algunos anhelos yoicos, es decir, la libertad de movimientos, la libertad de acción conllevaba poner en peligro la vida.

Podemos así tomar conciencia de la inmensa herida narcisista que nos produce esta pandemia con sus efectos de secuestro de las libertades, impuestos por otros, a favor de argumentos a menudo discutidos o discutibles. Filósofos, epidemiólogos, políticos de diverso cuño discutían la idoneidad de las medidas tomadas por la mayoría de gobernantes (salvo algunos casos notorios).

Frente a las exigencias de anhelo realizatorio, frente a los deseos irrealizables, frente a los deseos frustrados, surgen una serie de respuestas con el fin de apaciguar (a menudo de modo fallido) las tensiones internas. Respuestas a menudo sintomáticas, así parece que se han agudizado algunas dolencias preexistentes. También se ha producido una reacción paradójica: una pacificación de los síntomas, ante la invasión de una realidad tan poderosa, que reduce la

movilidad yoica, una aceptación mejor de las condiciones vitales del momento, un sentimiento de mayor equidistancia con el resto... todos confinados, cada cual en el suyo particular.



La violencia de género, en el ámbito privado, ha aumentado de modo exponencial con las restricciones de movimientos y el consiguiente oscurecimiento del ámbito privado. La falta de espacio es un elemento fundamental en el desencadenamiento de actitudes violentas, ya la psicología experimental nos lo había mostrado con claridad.

El consumo de bienes se paró, excepto en la alimentación y derivados. Pero se ha experimentado un notable crecimiento en el consumo de alcohol, de sustancias psicotrópicas y también de información, sobre todo información a la que se pedía vehiculizar sentimientos muy difíciles de contener o de aceptar, de ahí probablemente la crispación y la belicosidad de los mensajes.

Esto nos lleva a tener que introducir un concepto que en estos momentos nos parece idóneo para dar una explicación de lo que acontece en muchos sujetos, cuando se sienten llevados al límite. La identificación proyectiva como la idea que nos permite comprender como en la situación actual, se generan muchos productos emocionales, sentimientos impregnados de ideas,



ideas impregnadas de sentimientos, que como explicaba hace tiempo Maldavski[4], producen una gran toxicidad.

Estos contenidos tóxicos son depositados en otro exterior a mí, responsable y culpable, origen y causa de mi sufrimiento. Otro en el que puedo depositar mi odio, pero al que por otra parte me une un vínculo o bien de afecto intenso, o bien de dependencia, o bien de ambos.

Son defensas, en general muy primarias, dado que el sujeto no dispone de otras más desarrolladas para tramitar la situación en que se encuentra ahora, defensas que van de lo depresivo a lo querulante, a lo agresivo, en un círculo que se realimenta sin fin. En definitiva sería una defensa, una primera línea de defensa, muy primaria, muy tosca, para paliar la herida narcisista que provoca la frustración de los deseos impedidos, suspendidos.



La merma de la imagen yoica, no tengo el poder que tenía antes, no tengo los recursos, no alcanzo las metas... además del hostigamiento superyoico, no eres, no puedes, no vales... el individuo cuyos proyectos narcisistas se han visto seriamente impedidos reacciona, si no consigue otros modos de equilibrar la situación (por ejemplo con respecto al Ideal del Yo: lo estoy haciendo por una buena razón, sin embargo si que estoy

pudiendo en otras dimensiones, recibo mensajes aprobatorios, me siento con grupos que me devuelven lazos identificatorios...) Si no hay este tipo de compensaciones entonces las reacciones pueden ser:

1. Depresivas. No valgo nada, nada vale la pena, todo el mundo es malo.

2, Querulantes. Los otro son los culpables de mi desgracia, esto lo acompañamos de la infodexia, la saturación de información sin criterios selectivos, la deriva autoritaria en busca de un patrón fuerte, de una figura a la que identificarse para compensar el desvalimiento, la debilidad, la vulnerabilidad, a menudo con la nostalgia de un padre absoluto que compense la pérdida de autoestima.

El confinamiento produce aumento de angustia en personas generalmente sanas: mayor ambivalencia en los vínculos, que se agudizan con la convivencia forzada y limitada en el espacio. Aparición de trastornos del sueño y de la alimentación (los acopios de los primeros días son un índice inequívoco)

Al hilo de los dicho podemos inteligir que uno de los mecanismos que vemos prosperar en medio de la pandemia es la Desmentida. La desmentida no es el rechazo, es el reconocimiento escindido, acompañado de su negación, fruto de la impulsividad narcisista o fálica. Desde la ingenuidad infantil, sostenida por la nostalgia de un padre absoluto, y apoyado en las creencias de ese Otro que me garantiza la invulnerabilidad, reniego de lo que sé que es real. Ya lo sé pero aún así, como describió brillantemente Octave Mannoni[5].

El yo, responsable de articular una respuesta integrada, está preso de tendencias irreconciliables, el reconocimiento del peligro y su negación, de las limitaciones y su rechazo. El sujeto esgrime respuestas no contingentes, fallos en la mentalización, que lo conducen a comportamientos erráticos.

LO BUENO ES QUE
AHORA TENDREMOS
MUCHO TIEMPO
PARA PENSAR...

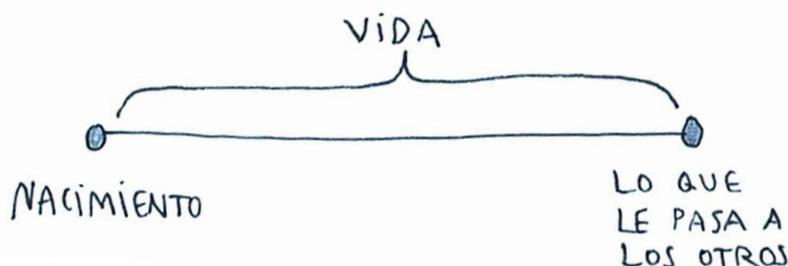


¡EN NUEVAS
TEORÍAS DE
CONSPIRACIÓN
MUNDIAL!



Otra defensa particularmente frecuente y manifiestamente insalubre es la paranoide, pero no como resultado de un proceso psicótico, sino de la rigidez del Yo. Un Yo que se siente víctima de un ataque organizado desde el exterior, ante el que nada tiene que oponer, con lo que le queda solamente la inacción, la inhibición y la rumia del pensamiento en un bucle sin fin. Esto se puede acompañar con el predominio de un afecto monocorde resiste a cualquier elaboración mental, un fracaso en mentalizar al otro.

Esta polarización de la desmentida a lo paranoide, que hemos visto afectaba a bastantes sujetos, tiene la particularidad de que se trata de individuos que no presentaban necesariamente una patología previa, creemos, a sabiendas de poder equivocarnos en nuestra lectura, que ha dificultado la posibilidad de adaptación a una realidad tan cambiante como imprevisible, y acompañada del peligro letal para la vida del sujeto.



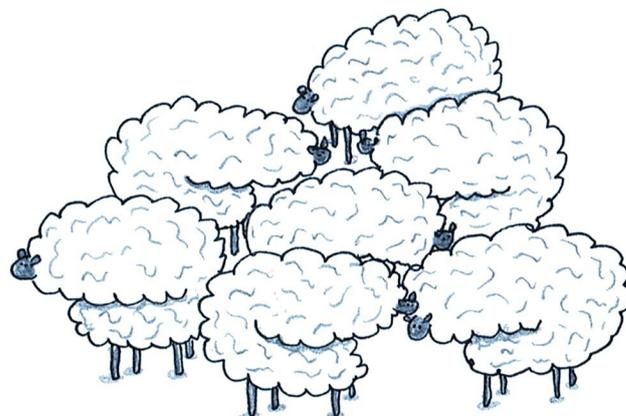
Finalmente algunas reflexiones sobre el lenguaje bélico. Es un llamado fácil, sobre todo en los gobernantes, el belicista. ¿Es la guerra, contra quién? Suprimimos terrorista por virus, operación concluida.

Pero esto no es ninguna guerra, no hay enemigo externo, ojalá, qué fácil sería. ¡Matemos al virus! Convirtámonos en héroes como en las películas de alienígenas con las que hemos contribuido a crear un imaginario social muy poderoso. Un imaginario que se alimenta de *Alien*, *el 8° pasajero*, *Independence day*, o *Starship troopers*.

La última, paradigma del cine de alienígenas para consumo juvenil, se basa en una novela de Robert Heinlein, publicada en 1959; glorificación de la vida militar y el amor a la patria como extensión del amor a sí mismo. Lucha interestelar contra insectos gigantes (grandes virus letales) absurdos despiadados y mortíferos. Cine para el adolescente bobalicon, romántico y absolutista que vive en cada uno de nosotros.

El lenguaje bélico es muy útil porque promueve la psicología de masas, las identificaciones primarias y acríticas, pero es muy peligroso. Necesita crear un enemigo externo sobre el que depositar todos los males

que aquejan a la masa de sujetos, cuya subjetividad se ha cedido a un ideal de grupo, la inmunidad del rebaño en versión intelectual.



INMUNIDAD DE REBAÑO
INTELECTUAL

Y enemigos hemos tenido en estos tres meses para todos los gustos: desde el virus hasta los chinos pasando por el coletas, los fachas, el gobierno... La característica común a todas estas posiciones es que se suspende cualquier reflexión autocrítica, no se puede cuestionar nada de lo que es propio, y todo lo ajeno, es un mundo trivialmente polarizado, más parecido al western de John Wayne que a la compleja realidad actual, en la que odios y amores, pero por encima de todo interdependencia y vulnerabilidad, aquello de lo que nada se quiere saber[6], están irremediabilmente mezclados.

Cualquier cuestionamiento de lo propio puede ser considerado alta traición, el enfrentamiento es total: o conmigo o contra mí. Estas posiciones crispadas han ornamentado la realidad pandémica.

Otra característica de cómo se ha abordado la situación: tiempos de guerra, es la proliferación de uniformes en la pantalla, la militarización del momento, estado de alarma... División de la sociedad en civiles y soldados, uniformados. Idealización de los uniformados, incluidos los sanitarios. Esto



conlleva una esquizia de la sociedad, conveniente para generar sentimientos primarios y polarizaciones exacerbadas de los individuos que componen la masa. A los soldados se les debe la vida, el precio es impagable, las deudas que no se pueden pagar se tornan incómodas, la gestión de las mismas, imposible. Los héroes de guerra tienen difícil colocación en tiempos de paz..



El efecto fascinante de la globalización: la proliferación, al amparo del confinamiento, de las conferencias multitudinarias a través de las diferentes plataformas. Formar parte de un movimiento mundial, planetario, además de ser un avanzado en el uso de la tecnologías: webinars, meets, zoom, Skype, FAcE...son los nombres de la postmodernidad más actual.

Binder Brynes una estudiosa del Holocausto dice en el último número del New Yorker:

Lo que se necesita es esperanza, no fe. ¿La diferencia? La fe es sobre el momento; La esperanza es una visión del futuro. Las personas de fe tienden a colapsar en crisis. Lo que ayuda a las personas a sobrevivir es la esperanza específica de un futuro mejor y con nombre.

Junio. 2020.

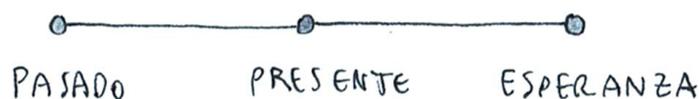
ESTEBAN FERRÁNDEZ

CONCLUSIONES PROVISORIAS

Nuestro problema como civilización no podemos fijarlo en las sucesivas amenazas víricas que se producirán, esto no es una guerra virológica interminable. Nuestro problema es el deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población, la precarización de la población, el agotamiento de la riqueza biológica, de su diversidad, lo monopolístico que siempre conlleva extrema dependencia.

El agotamiento de las energías mentales de la población general a través de los miedos, las restricciones, la exigencia de mantener y aumentar la producción no importa las condiciones en que eso ocurra[7].

La desaparición de los tiempos, de la división público privado, trabajo ocio, como hemos reseñado en otro trabajo (Mentalización y Psicoanálisis escrito a 4 manos con Rossana López Sabater y publicado en Revista de Psicoterapia y Psicósomática, 101, Sept 2019).



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- [1] <https://www.losestablosdeaugias.com/>
- [2] Benjamin, J.: *Lazos de amor...* Paidós. Bs Aires, 1996.
- [3] Ferrández, E.: *Psicoanálisis extramuros: Las intervenciones analíticas*. Rev. del CPM. N° 34. 2018.
- [4] Linajes abúlicos: procesos tóxicos y traumáticos en estructuras vinculares. Paidós. Bs As, 1996.
- [5] Mannoni, O: *Otra escena. Claves de lo imaginario*. Amorrortu editores. Bs As, 1990.
- [6] Mi colega Lola López Mondéjar ha abundado suficientemente sobre esta materia en los últimos tiempos.
- [7] Véanse los textos extraordinarios de Franco Berardi en esta línea que hemos ido publicando tanto en la página Facebook del CPM como en la web.